

Príncipe de Viana

2014

Año LXXV Núm. 260



SEPARATA

**La escritura de la historia a la luz y a la sombra
de los congresos de la Sociedad de Estudios
Históricos de Navarra (1986-2010)**

Juan Carrasco



**Gobierno
de Navarra**

PRÍNCIPE DE VIANA

SUMARIO

ARTE

Juan Antonio Olañeta Molina

La escultura de Echano y Sarbazan. Talleres, filiación y propuesta de interpretación de sus capiteles 347

Rebeca Madurga Contiente

Joaquín Maya: un paradigma del músico decimonónico 379

Juan Cruz Resano López

Piedra y plomo, metarrelato y distopía: significación de la evolución escultórica de Alfredo Sada 411

HISTORIA

Medieval

Salvador Remírez Vallejo

Martín López de Estella: un caballero navarro de la Orden del Temple perteneciente al linaje de los Azagra 435

Francisco Javier Baztán Moreno

El señorío de Iriberry 471

Contemporánea

Carlos Santacara Sánchez

Manuscritos ingleses sobre Navarra en 1813 501

Gari López Albizu / Jesús María Osés Gorraiz

La Avalancha. La realidad social a través de la prensa doctrinaria navarra 551

Víctor Manuel Arbeloa Muru

De la Comisión Gestora a la Diputación Foral de Navarra (1931-1935) 589

Juan Carrasco

La escritura de la historia a la luz y a la sombra de los congresos de la Sociedad de Estudios Históricos de Navarra (1986-2010) 631

Archivística

Juan José Martinena Ruiz

Organización e inventarios del archivo de la Cámara de Comptos antes de la reordenación de 1786 645

Félix Segura Urra	
Fondos y colecciones personales y familiares en el Archivo Real y General de Navarra	665
Peio J. Monteano Sorbet	
Cuentas de los pueblos. El Real Consejo de Navarra y el gobierno local	701
Diego Val Arnedo	
Los consejos provinciales y su documentación. El fondo documental del Consejo Provincial de Navarra (1845-1868)	717
M.^a Carmen Munárriz Elizondo	
Orígenes institucionales y fondo documental de la Delegación Provincial de Hacienda de Navarra	745



Año 75
Número 260
2014

La escritura de la historia a la luz y a la sombra de los congresos de la Sociedad de Estudios Históricos de Navarra (1986-2010)*

Juan CARRASCO**

En mi ya dilatada experiencia he comprobado, una vez más, que la vanidad suele ser con frecuencia un componente del mundo académico. Cuando recibí vuestro encargo –que consistía, así lo entendí, en analizar, valorar e incluso establecer un balance de la producción histórica publicada en la actas de estos siete congresos–, me sentí halagado, pero sin sospechar las dificultades que semejante empeño comporta. Debía enfrentarme al análisis, por somero que fuera, de una masa de información considerable, con una extensión, en los anaques de las bibliotecas, que puede que superara el metro de longitud. Y empleo el potencial porque las actas del Tercer Congreso (1994) están en soporte informático, en un cd. También es cierto que todo esfuerzo lleva aparejado su recompensa: la ocasión me ha servido para conocer estudios de la historia de Navarra ignorados hasta ahora para mí.

1. Según los partidarios de la teoría de las generaciones, cinco lustros es el tiempo de gestación y desarrollo de las mismas. Un tiempo largo y corto, según el régimen de historicidad al que se refiera, pero en cualquier caso sujeto a transformaciones dignas de ser contempladas en el tránsito del siglo XX al XXI,

* Esta ponencia pertenece a un ciclo conmemorativo de los 25 años de la fundación de la Sociedad de Estudios Históricos de Navarra.

** Sociedad de Estudios Históricos de Navarra. Ponencia leída el martes 7 de mayo de 2013, en el Civivox Condestable.

entrados ya en el tercer milenio. Como es sabido de todos, el tiempo es uno de los dos componentes básicos del quehacer historiográfico y por ello he puesto mi acento en él. Nuestras reuniones se han venido celebrando con una periodicidad cuatrienal: en 2010 se celebró el VII y el Primero tuvo lugar en 1986. A lo largo de estos años, las comisiones organizadoras de los distintos congresos han respondido a la tendencia dominante de cada momento: Historia Antigua, Medieval, etc., pero también la Prehistoria, sustituida, en ocasiones, por la Arqueología. Aunque esta última disciplina no tiene edades, los trabajos relativos a ella se han centrado en el mundo antiguo y más tímidamente en la época medieval, pero sin llegar a referirse a los tiempos modernos, que también generan restos materiales como testimonio base para la interpretación histórica. Ese tímido abandono de las edades ha sido reemplazado por áreas, quizás por contagio de la terminología ministerial de la organización docente universitaria. No es una crítica, sino un hecho acorde con los modos de hacer historia de cada momento. Sin perjuicio de una reflexión posterior, no me resisto a insistir en el tiempo del historiador a la luz de un nuevo universo conceptual. Como se recordará, en el último tercio del siglo pasado –en algunos lugares quizás antes y casi coincidiendo con el debate de la narratividad–, se registra una nueva visión del tiempo histórico, acuñado como un nuevo concepto, el de historicidad, según las recientes aportaciones de François Hartog en su *Régimes d'historicité. Presentisme et expérience du temps* (2003) –quien, dos años más tarde, concluye sus tesis al presentar esas «travesías del tiempo» como evidencias de la historia, al abrigo de los estragos del posmodernismo–. Acorde con tales presupuestos, Roger Chartier, en 2007, titularía uno de sus últimos ensayos con el expresivo rótulo de *La historia o la lectura del tiempo*, relativo a cuáles fueron las mutaciones de su disciplina después de 1992. Y entre nosotros, en 2009, los profesores de la Complutense Juan Pablo Fusí y Francisco Calvo Serraller publicaron su diálogo entre la historia de España y el arte, al que denominan *El espejo del tiempo*.

No creo exagerado afirmar que el punto de partida de estos congresos, el de 1986, puede ser considerado como altamente satisfactorio. Al examinar sus más de tres mil páginas, en sus seis gruesos volúmenes, escritas por casi trescientos autores; el lector no puede por menos que sentirse impresionado, casi abrumado, por la amplitud y riqueza de las distintas aportaciones. En cierta medida ello era explicable: se trataba de una puesta a punto en el estado actual de los conocimientos, sin olvidar que, al igual que la historiografía española, la de Navarra, después de un tiempo de tinieblas, acabaría manifestándose con una profusión inusitada, como si se tratase, al decir de algún colega italiano (Marco Tangheroni, tristemente desaparecido) de una eclosión propia de unos fuegos artificiales, expandida en múltiples y fecundas direcciones. Es posible que no sea objetivo –la subjetividad es un fantasma que siempre nos acompaña en nuestro oficio–, pero en el marco de esa fronda puedo distinguir algunas líneas predominantes. La herencia del positivismo metódico todavía contaba con destacados cultivadores. Repárese en la presencia de un área, la Archivística –que luego desaparecería–, como exponente de ese rigor de erudición, tan apreciado entre las más prestigiosas «escuelas» del momento.

Asimismo, el predominio de los métodos cuantitativos es fácilmente constatable. Para muchos de nosotros era como si tales métodos de investigación

histórica dotasen a nuestra disciplina de su más claro y genuino marchamo, de la pretendida y ansiada «cientificidad». Ello revelaría, al decir de algunos, el verdadero significado de las estructuras, y el hecho histórico era presentado bajo la forma casi exclusiva de las fuentes seriadas, más o menos comparables y homogéneas. Y, al ofrecer una representación numérica de los hechos humanos, esta aparecía dotada de toda la fuerza probatoria que conlleva una investigación empírica. En definitiva, la trilogía que precolonizó, desde 1946 hasta bien entrada la década de los ochenta del siglo pasado, la escuela o, si se prefiere, la revista *Annales. Economía, Sociedad, Civilización* fue incorporada como un verdadero y paradigmático movimiento historiográfico. Sin minusvalorar los aportes de la geografía, el cultivo de la historia regional francesa dejó su huella en los modelos elegidos de gran parte de los departamentos de las universidades españolas. En su discurso de bienvenida a los congresistas, el presidente de la Comisión organizadora, decía entre otras cosas:

me atrevo a sugerir nada más un punto primordial de reflexión: el de la legitimidad, la conveniencia y aún la necesidad de acotar los campos de comprensión histórica, no solo por segmentos temporales y líneas temáticas, sino también en ámbitos geográficos menores, conjuntos dotados internamente de cierta coherencia, forjada y acrisolada por el decurso de la historia, como el caso evidente de Navarra. Parece [sigue diciendo el profesor Martín Duque] que las modernas corrientes historiográfica propician el cultivo de la llamada «historia regional» como vía privilegiada de los nuevos avances y conquistas de conocimiento del pasado.

En cualquier caso, entre lo viejo (la historia política e institucional) y lo nuevo de la amplia temática aquí tratada, se pueden apreciar futuras y fecundas líneas de trabajo, como las dedicadas al mundo del artesanado preindustrial e historia de la alimentación, entre otras. Dada la naturaleza de esta primera reunión, era difícil evitar la presencia de microanálisis de dudoso valor en reiterados e irrelevantes estudios, faltos de la más elemental condición explicativa de comprensión del pasado.

2. Una vez cumplimentados los trámites de constitución de nuestra Sociedad, en apenas dos años la nueva Junta Directiva, comprometida con la exigencia de celebrar en los tiempos marcados sus congresos, hubo de convocar y organizar el Segundo Congreso, el de 1990. Imagino las dificultades para la elección temática después del gran despliegue material e historiográfico de la anterior edición. En cualquier caso, era imprescindible acotar el ámbito de actuación, e incluso hacerlo más acorde con los medios materiales de los que en esta ocasión se dispuso. La proximidad de los fastos del Noventa y Dos tuvo su influencia, y así fue declarado de forma explícita. La opción elegida fue *La sociedad navarra. Migraciones. América*. Asimismo, aunque con menor incidencia, también se trató de tener presentes los actos conmemorativos del IX Centenario del Fuero de Estella. De aquí que los escenarios de exposición de los resultados se repartieran entre la capital del reino y la ciudad del Ega. Gracias a una serie de eficaces gestiones, la Presidencia del Honor fue aceptada por S. M. el rey, don Juan Carlos.

En líneas generales, se mantuvo el esquema organizativo anterior de ponencias, llamadas también conferencias, y comunicaciones, distribuidas en

cuatro secciones: Época Contemporánea; Siglos Modernos; Edad Media; Prehistoria e Historia Antigua. Con esos mismos enunciados y en ese orden. En la sesión de apertura, además de los discursos de rigor, don Manuel Ballesteros Gaibrois, catedrático de Historia de América, pronunció una conferencia con el título de «Hechos de algunos vasco-navarros en América». Superada la incomoda tarea de recogida de los textos, en especial la de las conferencias o ponentes, en sendos anejos de la revista *Príncipe de Viana*, de los años 1992 y 1993, fueron publicadas las actas. En ellas, a diferencia del enunciado de las cuatro secciones, se siguió un estricto orden cronológico: un primer volumen de 498 páginas, referido a las aportaciones de Prehistoria, Historia Antigua e Historia Medieval, con seis conferencias y treinta y siete comunicaciones; un segundo, de 666 páginas, incluye siete conferencias y cuarenta y dos comunicaciones, relativas a las otras dos Edades, las de los siglos XVI al XX. Si ofrezco esta especie de ensayo cliométrico es porque estoy convencido de su valor como indicador o muestra a la hora de una mejor comprensión historiográfica, al menos en orden a su preeminencia. En este mismo orden de cosas, en la penúltima década del siglo pasado, la de los años ochenta al noventa, la historia económica y social ha ocupado el centro de la escena. Al ritmo que marcaban la tradición francesa de la Escuela de los *Annales* y el materialismo histórico de clara filiación anglosajona. Los historiadores marxistas británicos, comandados por Edward P. Thompson, nutrieron el pensamiento histórico de amplios sectores de la historiografía española, eso sí, con una marcada preferencia en los modos de producción feudal, y la transición al capitalismo y a las clases trabajadoras contemporáneas. Todo ello sin minusvalorar la antropología, tenida como paradigma de gran parte de los historiadores norteamericanos. En este panorama, los conceptos y las técnicas de los historiadores navarros no son fácilmente discernibles, pues en los estratos del tiempo se superponen muy diversas tendencias. A veces, sin que seamos conscientes de ello, hay excepciones, que no siguen la senda marcada y roturan otros terrenos, no con un mero afán de innovar, sino fruto del azar de las fuentes y, por supuesto, de un buen equipamiento conceptual. Me refiero, entre otros, a esos trabajos que, como adelantados y sin gran aparato formal, aportan sus ideas para un mejor conocimiento de la presencia de navarros en los grandes centros universitarios de todos los tiempos, Bolonia, París, Toulouse, Valladolid, Alcalá de Henares, etc. Tales cometidos son propios de una historia intelectual, ahora tan requerida y exaltada. Pero la falta de una planificación a larga distancia, y otros males que no vienen al caso, dificultan las perspectivas de nuestro quehacer, más acorde con la exigencias de una renovación que caracterice e imprima un sello propio y distinguible. No soy tan complaciente e iluso para conceder a la historia que cultivan los socios de nuestra corporación, y a la que se pueda producir al amparo de ella, al menos en esos turbulentos años de finales de los ochenta, el carácter de innovadora y vanguardista. Sin embargo, resulta evidente que lo que aquí se escribe no desmerece de lo publicado en España. No cabe duda que a ello ha contribuido de una manera decisiva la presencia en nuestro territorio de un nutrido tejido universitario; su nutriente intelectual necesita su tiempo para dar sus frutos. Las corrientes de pensamiento no germinan de la noche a la mañana, al menos por lo que a la historia se refiere, donde la teoría, el bagaje conceptual que se posea, no siempre puede ser aplicable a los resultados obte-

nidos de una investigación empírica. Y digo esto a riesgo de que mis palabras puedan ser interpretadas como una exaltación del positivismo de la historia tradicional; lo que sí pretendo, siquiera torpemente, es apuntar la coherencia de los trabajos publicados en estos dos primeros congresos, reunidos en nueve volúmenes y 4.745 páginas, todos ellos editados como anejos de la revista *Príncipe de Viana*, entre los años 1987 y 1993. El apunte de uno y otro de estos guarismos no es baladí. El primero con su mera expresión cuantitativa es suficiente, al menos eso creo, pero el segundo, el de la cronología, requiere un esfuerzo de memoria, tenido como aviso de navegantes: me refiero al ensayo de epistemología (1971) de Paul Veyne, prestigioso historiador de la Antigüedad, y a la *Metahistoria* (1973) de Hayden White. Ambos con una amplia repercusión en nuestro país y tenidos como provocadores de un agrio debate, en el contexto de la «crisis de la historia». Este, con su teoría del valor sustantivo de la narración como expresión de lo histórico; aquel, en su interrogante sobre cómo se escribe la historia, opta por la comprensión y excluye la explicación; la historia, sigue diciendo este brillante profesor del Colegio de Francia, carece de método, dada su incapacidad por formular sus experiencias en forma de definiciones, leyes y reglas, y nunca podrá llegar a ser una ciencia; la sociología es una pseudociencia y, a lo sumo, un rótulo más de la historia.

3. Pese a su disparidad formal —se ha abandonado el soporte de papel y se ha optado por la pantalla del ordenador—, aprecio una cierta continuidad entre el Segundo y el Tercer Congreso. Repárese en que la lección de clausura del segundo trató de Navarra y Europa, y ese sería el tema a tratar en la reunión del 20 al 23 de septiembre de 1994. En la breve presentación se justifica tal elección por los deseos de consecución de una Europa unida, al menos desde una valoración del estímulo intelectual. Orientado todo ello hacia un mejor conocimiento de la civilización europeo-occidental, así como de la implicación de nuestra Comunidad en el seno de Europa. Y cito casi textualmente. Para ello se ha llegado a la convicción de la necesidad de introducir otros ámbitos o especialidades, como la historia de la música, la literatura y la educación. Sin descartar otras motivaciones, quiero creer que en ello pudo influir la lectura de la obra de White, *El contenido de la forma. Narrativa, discurso y representación*, de 1987, y traducida en 1992, cinco años más tarde. En este breve texto introductorio es fácilmente perceptible una preocupación por servirse de estos eventos para, entre otras cosas, orientar determinadas prácticas, como la historia comparada, «cuya difusión es una de las tareas pendientes de la historiografía española». No parece ocioso recordar la misión o misiones de esta práctica congresual para realizar una «radiografía del estado de la historia como disciplina científica» y encauzar la «labor investigadora en los años venideros». Un loable propósito y una inequívoca opción por determinadas posiciones en el marco historiográfico del momento. Acorde con tales propuestas, su contenido quedó estructurado en tres grandes áreas: la *configuración histórica del territorio; corrientes artísticas y el mundo de las ideas*. Considero un acierto que la primera ponencia estuviese dedicada a la aportación indoeuropea, a cargo de un autor de prestigio como Unterman. E incluso la dedicada a la aculturación romana entre los vascones. Cuando menos, creo discutible la presencia de un balance

historiográfico –corto, de ocho años– en este ámbito, así como la ausencia del texto de la cuarta ponencia, a la que se adscriben veinte comunicaciones, cuya cronología cubre los siglos XVI al XVIII. Cabría conjeturar cierta decepción entre los organizadores que, ante tan brillante y sugestivo pórtico, no hubiese mención alguna al origen, más o menos mítico, de tales entidades geográficas y de civilización, pero también políticas. No conviene perder de vista que, siquiera tímidamente, las historias nacionales estaban dando paso a las de mayor amplitud, teniendo como sujeto el Occidente europeo. En este sentido, la historiografía italiana fue la pionera, quizá por el legado de Roma y su imperio. No es de extrañar, por tanto, que en la introducción al tomo dedicado a la Edad Media (magníficamente editado por la editorial Einaudi), su autor, un veneciano, citase a la *Crónica mozárabe del 754*, donde aparece la primera mención a los europeos o *europenses*, al referirse a los integrantes del ejército que detuvo la expansión árabe en la famosa batalla de Poitiers (17 de octubre del 733). Pronto, los historiadores franceses también sintieron esa necesidad. Un sentimiento ausente entre los británicos. Si no recuerdo mal, entre nosotros hubo que esperar hasta 2007, cuando la editorial Espasa Calpe publicó, en dos gruesos tomos y dirigida por el profesor Miguel Artola, una historia de Europa, con planteamientos originales, pero, para mí, anclada aún en la larga duración braudeliana. Perdón por esta digresión y volviendo a nuestro territorio, los ponentes del arte gótico y de historia de la música fueron fieles a lo requerido, al comparar tales manifestaciones artísticas en Navarra con las aportaciones europeas. Resulta llamativo que el mundo de las ideas, ese tercer ámbito de reflexión, fuese el que mayor atención despertó: cinco ponencias (luego cuatro), y casi medio centenar de comunicaciones. El mero enunciado de la primera ponencia –«El ser de Navarra entre la historia y la política»– delata la influencia de Heidegger y, más aún, el problema del relativismo. Y llama mi atención, de una parte, la conjunción aparente de enfoques innovadores, muy propios de lo que en otros cenáculos llamarían el giro cultural, y, de otra, el anclaje tradicional en el tratamiento de algunas cuestiones. Me consuela pensar que el conocimiento guarda cierta similitud con los ríos, que avanzan por sus márgenes. Esta enseñanza la recibí, como tantas otras, de un excelente profesor de geografía, llamado don Alfredo Floristán Samanes, al que con su recuerdo expreso mi deuda de gratitud; un gran universitario, atento y complacido con los afanes y empeños de nuestra sociedad. Y para concluir estos apresurados y discontinuos apuntes de este Tercer Congreso, modesto de apariencia (un disco de apenas unos centímetros), pero rico y sugerente en sus contenidos, hay que decir que a ello no fueron ajenos los once miembros de la Junta Directiva, presidida por Ignacio Arana, tristemente desaparecido en plena madurez intelectual, y por el Comité Científico nombrado al efecto, al frente del cual figuró María Ángeles Mezquíriz que, andando el tiempo, recibiría el justo y merecido reconocimiento de sus compañeros, al ser elegida socia de honor.

4. Es posible que mi apreciación sea algo simple y carezca de los exigibles matices que tal tarea comporta, pero observo que, pese a la renovación generacional, gran parte de las concepciones historiográficas apenas esbozadas en 1994 inspirarían el quehacer de los responsables de la Sociedad en los doce años que discurren entre 1994 y 2006. Fieles a sus compromisos, puntualmen-

te se celebraron los congresos, IV, V y VI –ahora con numeración romana–. Ignoro el alcance de los debates de las sucesivas juntas directivas, así como de gran parte de la personalidad y formación de sus integrantes. Ignorancia que se hubiera visto mitigada, al menos en parte, con la lectura de las actas de las anualidades antedichas. Al parecer, hubo unanimidad en desvincularse del amparo recibido hasta entonces por las prensas de la Institución Príncipe de Viana, pero no del Gobierno de Navarra, cuyo Departamento de Educación y Cultura seguía ejerciendo el mismo patrocinio que antaño. Otras instituciones, con menor implicación –Parlamento de Navarra, Ayuntamiento de Pamplona, el Ministerio del ramo (con distintas denominaciones, según el signo de las sucesivas legislaturas), y Caja Navarra (todavía con el gallo y las cadenas en su rotulación identitaria)– prestaron su apoyo. Los textos serían confiados a Ediciones Eunate, bajo una modalidad innovadora y bien intencionada, aunque no exenta de algún que otro inconveniente: de forma simultánea a la celebración de las distintas sesiones se pudo disponer (en dos volúmenes y cuidadosamente editados) de las comunicaciones. El objetivo no podía ser más loable; con ese conocimiento previo se podría potenciar el debate, una práctica a todas luces enriquecedora, pero no siempre conseguida. Asimismo, esta modalidad, tenida como menor –al menos en su concepción temática y de extensión formal– adquiriría un mayor dinamismo, con la encomiable intención de estimular la participación de jóvenes investigadores. Unos textos adscritos al discurso oral de los ponentes, cuya escritura ocuparía un tercer volumen, editado con posterioridad y distinguible por la tinta color pistacho de su cubierta. Pese a esa ruptura de la secuencia escrita, prevalece la pretensión de coherencia y similitud dada a la estructura y formato de los nueve volúmenes, a tres por año, de los congresos antes citados, tratando de evitar la disparidad de etapas anteriores.

Una coherencia también perceptible en las temáticas propuestas: *Mito y realidad en la historia de Navarra* (1998); *Grupos sociales en Navarra. Relaciones y derechos a lo largo de la historia* (2002), y *Navarra: memoria e imagen* (2006). Es preciso tener presente que, en los distintos tratados y manuales de historiografía, el período que discurre entre 1998 a 2008 presenta una gran homogeneidad. Superada ya la disyuntiva que tenía a la historia como conocimiento o relato a favor de la y copulativa, el giro hacia la memoria (*Memoria e Historia: tiempo litúrgico y tiempo histórico*) está presente en los círculos académicos. Quizá como reacción contra el pensamiento posmoderno y posestructuralista. Es como si la memoria hubiese desplazado a la deconstrucción como lengua franca de los estudios culturales. Y para desarrollar sus conceptos y teorías sobre la historia y la memoria, muchos integrantes de esos cenáculos historiográficos tuvieron como referencia obligada el *Zahor* de Yerushalmi y la *Historia, la memoria y el olvido* de Paul Ricoeur.

En el primero de ellos, el de *Mito y realidad*, el secretario del Comité Científico justificaría tal título al considerar, en el prólogo y casi de forma programática, a la historia como una disciplina que ha enterrado el positivismo, colocada en el marco de una crisis de paradigmas ya caducos, como la alusión, entre otros, a la pretendida objetividad. Ahora prevalece, como no podía ser menos, una visión antropológica y de la nueva Historia Cultural. Sin que por ello deje de percibirse, diría yo, el reencuentro de la historia con la sociología weberiana y la de un Norbert Elias. Reencuentro o renovación como

podría interpretarse el paso de la problemática temporal braudeliana a las temporalidades de Hartog, consideradas como interactivas al actuar en planos horizontales y verticales. Esta especie de bipolaridad, o mejor aún, de un doble plano se aprecia en la combinación temporal o cronológica en cada una de las áreas, por muy diferentes que estas sean. El simple enunciado de algunas de ellas es más elocuente que mi entrecortado discurso. Veámoslo: *Tradición y Modernidad. Igualitarismo. Desigualdad. Imagen e identidad*, etc. Entre los contenidos del IV llama mi atención el epígrafe dedicado a un *Falso mito: navarros versus cultura*, al conceder como respuesta, reiterada a lo largo de esta docena de años, el estudio de la presencia de navarros en las universidades españolas de Valladolid y Alcalá, junto a los ya conocidos en los renombrados establecimientos boloñeses, parisinos y tolosanos. La abundante información ofrecida, con un minucioso y cuidado tratamiento prosopográfico, debería ser objeto de mayores alientos por parte de las distintas instituciones culturales de la Comunidad Foral, incluida nuestra propia Sociedad. Resulta alentador, al tiempo que algo frustrante, contabilizar investigaciones próximas a la biología y a la historia del medio ambiente (recursos naturales y distribución de la propiedad o molinos hidráulicos en los siglos IX y XV y feudalismo, por solo citar algunos títulos), tan a la moda que son apenas sugeridas, faltos de planteamientos más ambiciosos, tanto en teoría conceptual como en el tratamiento de las fuentes.

Cuando he aludido al reencuentro de la historia con la sociología, mi propósito no era otro que el de comparar la temática del Segundo Congreso con la ofrecida, doce años más tarde, en el V de 2002. Frente a la *Sociedad navarra* de aquel, en este se matiza, al tener como enunciado *Grupos sociales de Navarra*. Y como subtítulo: *Relaciones y derechos a lo largo de la historia*. Para amortiguar el orden desordenado en los consabidos tres volúmenes, en el primero de ellos, el de las comunicaciones, figura el prólogo de la vicepresidenta, en el que, entre otras cosas y a modo de explicación, se nos recuerda el consustancial carácter antropológico de la historia. Asimismo, tal formulación ha querido tener como base una visión jurídica, educativa y económica. Tres pilares, se nos dice, para la comprensión de la evolución de la sociedad de Navarra. Al menos como desiderata, su disposición en cuatro áreas trata de favorecer, según su autora, el análisis de las relaciones y los conflictos planteados en los distintos grupos sociales a través de tres parámetros importantes: la marginación, los movimientos obreros y los conflictos de tipo ideológico y político. A los que se añaden diversas manifestaciones y vestigios culturales, arqueológicos, artísticos, literarios y religiosos presentes en cada época, más allá de la *historiografía política* (la cursiva es mía). En síntesis, el título de las áreas quedó así: *Definición de grupos*, a lo largo de la secuencia temporal de las tradicionales cuatro edades; regulación del marco social; relaciones y conflictos; cultura y sociedad. Para enmarcar tan amplio cuestionario, se optó por una conferencia inaugural, que con las trece ponencias y los discursos de apertura y de clausura ocupan las 491 páginas del tercer volumen. Dicha conferencia estuvo a cargo de un prestigioso medievalista hispano-francés, titulada «El triunfo tardío de la historia social». No sin cierta incomodidad, trató de justificar el marcado énfasis social que el Comité científico había querido poner en este encuentro. Una justificación no exenta de fina ironía, al citar a Marc Bloch, y copio textualmente, «a quien se considera a veces

como el mejor medievalista francés del siglo XX, cuando nos dice, de manera convincente, que el objeto de la historia no es el pasado, sino el hombre. En definitiva, toda historia es social en el sentido más amplio de la palabra» (fin de la cita). Con su proverbial claridad expositiva y su amplio conocimiento de la historiografía medieval francesa, fija los códigos o marcadores que definen a esos grupos sociales, utilizando un término, el estatus weberino de calificación de nobleza, campesinado, mercaderes y marginados. Con tan explicativos presupuestos, lo lógico, al menos para su lectura, hubiera sido disponer de ellos como antecedente previo a las comunicaciones. De otra parte, en el ámbito de las ponencias, la transversalidad fue la opción prevalente en el área definitoria de los grupos, sin que ello fuese preciso mantenerlo en el resto, donde el mundo contemporáneo y la generalización ocupan un no siempre explicable predominio.

Gran parte de las ideas manejadas por los responsables –tanto de la Junta Directiva como de los Comités Científicos– en 1998, debieron inspirar la convocatoria del VI Congreso, bajo el lema *Navarra: memoria e imagen*. La memoria, ya sea colectiva o individual, otorga una presencia al pasado y, en ocasiones, con mayor fuerza que los escritos de los historiadores. La inclusión de un segundo término, el de la imagen, ya sea visual o escrita, me parece muy pertinente, al tratar, al menos así lo interpreto, de diferenciar historia y memoria, pues según el gran estudio de Paul Ricoeur, ya citado, la una reconoce el pasado y la otra lo representa. Una representación discursiva bajo la modalidad narrativa o de relato, que es objeto de conocimiento. Al menos en el plano teórico, la historiografía de ese momento –traspasada ya la primera mitad del primer decenio del siglo XXI– sigue sin despojarse del todo de las secuelas de un debate agrio e intenso, como fue el que tuvo su epicentro en el tema de la narrativa. En un principio, ello no debería ofrecer ninguna dificultad, pues la narrativa es una modalidad de representación habitual y casi consustancial a la condición humana. La cuestión es más compleja, o, al menos, algunos la ven así, cuando se aplica a la historia tenida como ciencia y se roza el sempiterno e irresoluble problema de la verdad en la trama histórica. Al menos en un orden epistemológico, tales apuntes podrían tener una forma más acabada en el marco de un próximo congreso. Asimismo, a nadie se le oculta que los presupuestos teóricos y de método preconizados por los convocantes, por innovadores y sugestivos que sean, no son aceptados de forma unánime, como es lógico, y la respuesta obtenida difiere con frecuencia con lo que se solicita. Esta es una cuestión siempre pendiente e irresoluble, afortunadamente diría yo, pues la uniformidad de pensamiento ya sabemos a dónde conduce y las virtudes de la unidad (Navarra, como categoría historiográfica) y de la diversidad en los modos de escribir su pasado forman parte del código deontológico de nuestro oficio. A tal fin, repárese en el enunciado de las tres áreas que ocupan este primer volumen de comunicaciones: *la herencia de la prehistoria y de la Antigüedad; la configuración del reino (desde Sancho el Mayor a Carlos III) y Navarra en la Monarquía Hispánica*. En las otras tres del segundo volumen se puede leer lo que sigue: el giro de la contemporaneidad; memoria e imagen escrita; el poder y la imagen visual. Identidad y memoria colectiva. Al giro girado, nociones tan próximas a la «modernidad», se adscriben hasta once intervenciones, la mayoría de ellas acordes con lo demandado, pero otras van por libre y,

venga como venga, vuelven a lo trillado. Al margen de otras consideraciones, en el volumen III (309 páginas y editado en 2007) la presidenta nos recuerda «que la memoria es una potencia propia del ser humano, que contribuye a su condición de persona. Sin la *memoria* desconocemos nuestro origen y el sentido de nuestro entorno, lo que es fundamental tanto para la persona como para un pueblo en su conjunto». Y concluye esta breve pero oportuna presentación con la rotunda afirmación de que la imagen es representación. En su propósito de levantar acta de lo concerniente al Congreso, justifica su estructuración en seis áreas, las cuatro primeras según un criterio temporal y las dos últimas abordando la memoria e imagen escrita y la memoria visual. A cada una de ellas se adscriben dos ponencias y un número variable de comunicaciones. El número de inscritos fue de sesenta y cinco comunicantes y veintiocho oyentes, que con los doce ponentes se sobrepasa ligeramente el centenar. Bien es verdad, que dicha cifra, en la versión escrita, se vería ligeramente alterada, pues las áreas II (configuración del reino), IV (el giro de la contemporaneidad) y la VI (memoria e imagen escrita), solo contaron con una intervención. A un sexenio de la fecha del V Centenario de la Conquista castellana del reino, creo que fueron muy pertinentes y sugeridoras las dos ponencias del área III (Navarra en la Monarquía Hispánica). En este mismo sentido de complacencia, habría que destacar el acuerdo de la Junta Directiva de otorgar al profesor Martín Duque la distinción de primer socio de honor, por sus amplios y valiosos empeños en favor de la Sociedad, al tiempo que se trataba de rendir un merecido reconocimiento a su magisterio y a su dilatada dedicación a la Historia Medieval de nuestro viejo reino. Hoy nadie duda en atribuirle el mérito de ser la cabeza visible –el padre diría yo– de una nutrida y hacendosa escuela de medievalistas.

La lección inaugural fue confiada a Faustino Menéndez Pidal de Navascués, académico de número de la Real Academia de la Historia desde octubre de 1993 y, desde finales de 2009, vicedirector de la misma. Y a los que cabría añadir, entre otros, su condición de Premio Príncipe de Viana de 2011. Casi como una cuestión previa, como un pórtico a su disertación, se propuso «presentar unas reflexiones sobre imágenes de este querido reino creadas y utilizadas por las generaciones que nos precedieron. Unas imágenes que en sus caracteres básico no son exclusivas y peculiares de Navarra, porque las ideas y costumbres que las configuran corrían por todo el Occidente europeo, por toda la Cristiandad». Y concluye, recogiendo unas acertadas fresas de la sentencia del Tribunal Constitucional del año 1985 –a raíz de la apropiación indebida perpetrada por cierta comunidad autónoma–: «el emblema heráldico de Navarra acumula todo un conjunto de significaciones que ejercen una función integradora y promueven una respuesta emocional».

5. Entre congresos, además de sortear las dificultades económicas, políticas e institucionales que afectan a nuestra disciplina, en especial en los últimos años, la Presidencia de la Sociedad trata de establecer, por tenue que pueda parecer, un hilo conductor en los temas abordados de una reunión y otra. En ese contexto incierto, en 2010, *Navarra un espacio de cultura*, fue el banderín de enganche elegido. Al inicio del siglo XXI, los historiadores han visto confirmado el cambio de tendencia: de la historia de la sociedad a la historia cultural. Desde hace al menos cinco lustros, las fronteras de la disciplina,

como ámbito de saber, se han ampliado considerablemente. Una amplitud dirigida no solo al mundo de la academia o, si se prefiere, universitario, sino hacia otros contextos sociales y culturales del pensamiento histórico. La multiplicidad de historias posibles y la permeabilidad de tales fronteras son consideradas como un aspecto capital por los historiadores sociales de uno y otro lado del Atlántico. Sin embargo, el gran reto sería el de poder delimitar una frontera clara entre la historia cultural y otras historias: historia de las ideas, historia del arte, historia de la educación, etc. Una dificultad añadida será las múltiples acepciones del término *cultura*. Con tales presupuestos, el debate está servido, cuyos términos afectan tanto al *estatus* cultural en un mundo globalizado como a las maneras de pensar la cultura. Desde una visión antropológica, podríamos pensar que si antes todo era social, ahora todo, la misma historia, es cultural. Será preciso, por tanto, practicar un nuevo análisis social y de la sociedad, menos materialista y totalizador; un tiempo y unas acciones más subjetivas y humanas. Ante la explosión de ideas que supuso el llamado giro lingüístico o cultural, había que escribir una nueva historia cultural. Esa sería la bandera que daría cobijo a esa heterogenia, esgrimiendo para ello una amplia batería de radicalismo y un embaucador muestrario de falsas innovaciones. Entre las más rupturistas cabe señalar el desdén mostrado por las tradicionales normas de veracidad. Se llegó a cuestionar la soberanía del documento en el sentido de objetividad clásica. La consulta de archivo llegó a ser considerada como una práctica «polvorienta»; en ellos, en los archivos, el pasado está tan herido y expoliado como conservado. Ante tales excesos, se impone la realidad empírica que aporta el documento y remite a la parte interpretativa, la imaginación y el compromiso de una historia intelectual. Una historia o historiografía en constante interacción con el pasado a partir de las cuestiones del presente.

Como no podía ser de otro modo, entre nosotros, el panorama no era tan tremendista; se insiste en el concepto de Navarra, acuñado sin ningún asomo de duda como genuina categoría, casi un paradigma de la moderna historiografía. Sin llegar a minusvalorar la necesidad existente de evitar que nuestro pasado fuese un mero y oscuro objeto de deseo. El contenido así quedó apuntado, la forma fue un retorno a la revista *Príncipe de Viana*. Pero, en mi opinión, con un agravante: no se continúa con los anejos y los dos gruesos volúmenes de las actas –con sus 1.212 páginas– se incrustan en los números 253 y 254, correspondientes al 2.º y 3.º cuatrimestre de 2011.

Conscientes de las dificultades de alcanzar una definición consensuada, la estructura o disposición discursiva de este VII Congreso quedó establecida en ocho ponencias: Arqueología, Historia Antigua, Medieval, Moderna, Contemporánea, Historia de la Educación, Historia del Arte e Historia de la Música. A las que confluyen, de forma desigual, las setenta y dos comunicaciones. A los tradicionales rituales de clausura se incorporó, bajo la modalidad de mesa redonda, el tema del V Centenario de la Conquista de Navarra, vislumbrado en el horizonte próximo de 2012. En el acto inaugural se dio cuenta de los nombramientos de socios de honor en las personas de la Dra. Mezquíriz y del académico Faustino Menéndez Pidal. Con ello se continúa una práctica iniciada en 2006, al tiempo que se incrementó, hasta el número de tres, esa escogida galería de historiadores ilustres. A tan merecidas menciones honoríficas, en reconocimiento a la obra de toda una vida, quizá cabría premiar

también a los jóvenes valores, ya fuese por el valor de una tesis doctoral o monografía, y cuyo ceremonial quedaría incorporado a los actos cuatrienales de los congresos.

Los profesores Justo Serna y Anacleto Pons fueron los encargados de pronunciar la conferencia inaugural, titulada «Cómo se escribe la historia cultural». Sin lugar a dudas, los autores más cualificados para tratar de tan controvertida temática. Desde que en 2005 publicaran su *Historia cultural* —con un subtítulo tan expresivo como *Autores, obras, lugares*—, son, con todo merecimiento, una referencia obligada de los *Cultural Studies*, en la senda de un Peter Burke, con el que han colaborado en varias ocasiones y proyectos. En el propio enunciado hay una declaración explícita de su deuda sobre el significado del polémico texto de Paul Veyne, al que ya me he referido. Para ellos, «la cultura se puede definir como un repertorio común de referencias, una vasta gama de significados colectivos que sirven precisamente para facilitar la relación y la comprensión». Afiliados, por consiguiente, con la familia de definiciones de cultura que se apoya en la antropología simbólica de un Clifford Geertz (1926-2006), al decir de muchos, el antropólogo americano más influyente de su tiempo. Por razones de oportunidad, en el amplio cuestionario de propuestas apenas sugeridas, destacaría tres: las alusiones a los estudios sobre la fotografía, como reproducción técnica, de Walter Benjamin, la comunicación significativa de Umberto Eco y, sobre todo (al menos para mí), en la interacción dinámica entre el texto escrito por el historiador y sus lectores, cuyos enfoques han considerado la lectura como una recepción. Pero sin olvidar que la lectura también tiene una historia y una sociología, que diría Roger Chartier.

Tengo la impresión, ya para concluir, de que, al menos en sus líneas maestras, los propósitos —otra cosa bien distinta es su resultado— de la Junta Directiva conllevan una calculada ruptura, desde la cual quedarían legitimadas ulteriores y enriquecedoras aventuras historiográficas. Una legitimación conceptual, reforzada por lo empírico que representa esa casi veintena de volúmenes y más de seis mil páginas. La Sociedad puede esgrimir con orgullo, sin exageraciones autocomplacientes: estos son mis poderes. Cada generación de investigadores pasa por la prueba de la crisis; la que hoy vivimos, con ser dura, es menos trágica que otras. Esta es muy diferente de las que le han precedido: a los problemas de antaño se superpone una mutación de los medios y técnicas de la investigación y de su difusión. Un reto estimulante, al que se sabrá dar la pertinente respuesta.

Si se me permite, ya solo me resta desear los mejores augurios a la Sociedad; que las generaciones venideras sepan encontrar el equilibrio entre el formato de papel y la edición en línea, al tiempo que, desde su legitimidad, traten de evitar los excesos de declaraciones programática, pero sin renunciar a la función pública o, si se prefiere, cívica del oficio de historiador.

RESUMEN

La escritura de la historia a la luz y a la sombra de los congresos de la Sociedad de Estudios Históricos de Navarra (1986-2010)

Con ocasión de la conmemoración del 25 aniversario de la creación de la Sociedad de Estudios Históricos de Navarra, la Junta Directiva de la misma organizó un ciclo de conferencias. La que aquí se publica responde al encargo, siempre honroso y no exento de dificultad, de establecer un balance de la producción historiográfica que, durante ese cuarto de siglo y con una periodicidad cuatrienal, han promovido los responsables de la referida sociedad. Para ello se han establecido, acorde con las aportaciones más significativas, las líneas básicas de dicho quehacer, situado en un contexto de continuo cambio o giro y que discurre entre el positivismo metódico –propio de los años setenta y ochenta del siglo pasado– a los estudios culturales de la primera década del presente siglo, ya en los umbrales del tercer milenio. El tiempo, el del historiador, ha sido el hilo conductor de la escritura de la reconstrucción del pasado. En definitiva, un análisis del equipamiento conceptual que ha informado la historiografía navarra en estos tiempo de profundos cambios.

Palabras clave: congresos; historiografía.

ABSTRACT

The writing of history in light of the conferences of the Society for Historical Studies of Navarre (1986-2010)

The Society for Historical Studies of Navarre has completed 25 years. On this occasion, the Board of the Society has organized a series of lectures. The lecture we publish here takes on the challenging but satisfying task of trying to establish a balance of the historiographical production promoted by this society during the last quarter of a century and published every four years. With this scope, we have established, according to the most significant contributions, the basic lines of that work, which was developed in a context of continuous change or rotation, running from methodical positivism, characteristic of the seventies and eighties of the last century, to cultural studies in the first decade of this century, on the threshold of the third millennium. The time, the historian's time, has been the subject of this written reconstruction of the past. In short, an analysis of the conceptual background underlying Navarre's historiography in these time of profound change.

Keywords: conference; historiography.

Fecha de recepción del original: 11 de diciembre de 2013.

Fecha de aceptación definitiva: 11 de enero de 2014.

